HERNÁNDEZ-ALEIXANDRE: UNA AMISTAD EJEMPLAR

Por
GABRIELE MORELLI
Università di Bergamo

Relación humana

1.– La intensa relación de amistad que Miguel Hernández tuvo con Vicente Aleixandre empieza a partir del segundo viaje del joven poeta-pastor a Madrid, precisamente en la primavera de 1935 y no en el año anterior, como muchos críticos siguen escribiendo. Aleixandre lo aclara recordando el momento en el libro de los *Encuentros* con sus palabras conmovedoras:

> Yo le evoco en aquella primera temporada [la de 1935] como una fuerza de primavera metida en la primavera: abril, mayo, junio. Primavera de campo. En esos casi comienzos del verano, cuando han brotado los árboles y el aire brilla con potestad del cielo y la naturaleza parece poderle a la ciudad, Miguel era más Miguel que nunca. También él, al ritmo natural, semejaba arribado en esa onda de verdad que enverdecía a Madrid y lo coloreaba.
>
> Algo tenía en esas horas que le hacía aparecer como si siempre llegase de bañarse en el río. Y muchos días de eso llegaba, efectivamente. Mi casa estaba en el borde de la ciudad. «¿De dónde vienes Miguel?» «¡Del río!», contestaba con voz fresquísima. Y allí estaba, recién emergido, riendo, con su doble fila de dientes blancos, con su cara atezada y sobria, su cabeza pelada y su mechoncillo sobre la frente.
>
> Calzaba entonces alpargatas, no sólo por su limpia pobreza, sino porque era el calzado natural a que su pie se acostumbró de chiquillo y que él recuperaba en cuanto la estación madrileña se lo consentía. Llegaba en mangas de camisa, sin corbata ni cuello, casi mojado aún de su chapuzón en la corriente. Unos ojos azules, como dos piedras límpidas sobre las que el agua hubiese pasado durante años, brillaban en la faz térrea, arcilla pura, donde la dentadura blanca, blanquísima, contrastaba con violencia como, efectivamente, una irrupción de espuma sobre una tierra ocre[1].

Como todo el mundo sabe, Aleixandre dedica al amigo desaparecido tres diferentes estampas evocadoras: «Evocación de Miguel Hernández», «Una visita» (recuerdo conmovedor de su visita a la tumba del poeta en el cementerio de Alicante) Y «Miguel Hernández: nombre y voz»: esta última añadida en la edición ampliada y definitiva del libro *Los encuentros*[2]. Es decir tres perfiles, un número elevado y que no reservará a ninguna otra de las figuras retratadas en *Los encuentros*. Por eso, siempre me he preguntado, y un día se lo pregunté al propio Aleixandre, por qué después de la evocación de la memoria del amigo delante de su tumba alicantina, ha querido incorporar otra figura más, que vuelve a resucitar –es el caso de decirlo– la imagen viva y concreta de la persona e incluso recuerda el sonido de la voz de Hernández. «Precisamente por eso –contestó el poeta– porque después de la imagen de su cuerpo mudo e inaccesible envuelto en el silencio misterioso de la tierra, después del recuerdo de su rostro "yacente, comido del sufrimiento, madero casi de dolor, resto esculpido en leño, con espantosa expresión de agonía serenada por la muerte", yo seguía viendo la persona viva de Miguel, seguía

oyendo resonar su voz por esta habitación de la casa». Y a este punto Aleixandre empezó a ilustrar la peculiaridad de la voz clara de su amigo oriolano, utilizando casi de memoria las palabras de su última estampa hernandiana:

> Cuando él, en la intimidad, decía sus versos, se le notaba la voz clara. Lo primero en que uno pensaba era en el sonido del arroyo. Los arroyos de su Levante. Tenía una voz nunca oscura, porque hasta en los acentos dramáticos podía sonar claramente herida, pero no sepultada. Recitaba con sobriedad, vivaz más que lento, brioso, sí, como exigía tantas veces su obra. Y empezaba quieto, altos los ojos, mirando allá al fondo, la mano aún caída, y cuanto la temperatura había calentado no sólo su garganta, sino todo su cuerpo, entonces miraba a su interlocutor (nunca como en Miguel se sentía que la poesía es diálogo), individualizando la comunicación, pronunciándola como enderezada a cada uno de los que le escuchaban: Juan, Roque, Manuel, con sus nombres distintos [...].
>
> Había que ver a Miguel, con su tez propagada, el ocre de sus pómulos subido un grado en su color, nunca rojo, porque la tierra no arde, pero guarda el fuego, exhalar sus palabras, tenso el brazo, la voz más clara que nunca, y ya no con el son del arroyo, sino con el ruido de la voz del hombre cuando sale del pecho.
>
> Henchido pecho y voz de él. He oído a muchos poetas decir sus versos. Pocos me han dado esta sensación tan completa del hombre expresado en acto, desde la desnuda garganta[3].

1.1.– Tanta relación fraternal continuó y dio prueba de su fidelidad sobre todo durante los años difíciles de la guerra civil cuando el joven poeta se hallaba en el frente militar y sólo volvía de vez en cuando a la capital para ver a su amigo enfermo, muchas veces llegando, como recordará más adelante Aleixandre, con un saco de naranjas doradas que había recogido en su tierra alicantina en una de sus visitas a la familia del frente militar. El ligamen se mantuvo intenso incluso durante el largo período del doloroso encarcelamiento de Hernández, en el cual Aleixandre siguió estando en contacto con el amigo desafortunado al cual enviaba, en cuanto podía, ayuda económica y varios alimentos. El epistolario intercurrido en este período entre los dos poetas conserva sólo cuatro cartas de Hernández[4], y la primera, escrita el 29 de abril de 1941 en la cárcel de Ocaña, responde al envío de parte de Aleixandre de un paquete de alimentos que el joven preso acababa de recibir. Vale la pena leer la primera parte de la misiva que ilustra con suficiencia el gran esfuerzo que Aleixandre con otros amigos (entre ellos el escultor Víctor González Gil, Carlos Rodríguez Spieteri) estaban realizando en aquellos tiempos difíciles de privación para todos con el objeto de mitigar la tortura del hambre que padecía el pobre preso; el cual, en cambio, como muestran sus cartas, revelaba una extraordinaria fuerza de ánimo y buen humor, dotes naturales que caracterizan la humana personalidad del poeta:

> ¿Qué hay, Vicente? Sí, sí me ha llegado tu paquete y lo de Víctor, todo junto. No creo que haya faltado nada por la relación que me dabas de las cosas y las dos cajas de mermelada, chocolate y pan de higo de vuestro escultor sagrado han sido una sorpresa, porque desde hace año y medio no sabía nada de él. El pan, si realmente te sienta mal mándamelo, que a mí no me sientan mal ni las cortezas de habas ni los nabos, el pan es de lo más valioso aquí. Los días en que reglamentariamente está permitido recibir comida son los 2, 10, 17 y 25 de cada mes. Por otro ordinario que no sea Trigo, también está permitido recibir los demás días, ya que, por excepción y por no sé qué causa, se ha prohibido a éste la entrega de paquetes de las fechas que corresponden a cada sala. Para evitar embalajes y gastos de tela, sería conveniente enviar un talego que devolvería en el mismo ordinario. El único inconveniente que sufren las conservas es el de ser revisadas en el economato y no se entregan cuando llegan. Desde luego enviad aquello que sea de menor costo. Mi niño está hermoso: lo sé muy bien por una foto que tengo de hace tres meses. La que tú tienes es de

> cuando sólo contaba catorce meses. Dice Josefina que se parece a mí cada día que pasa. Ya correrás con él algún día. Es lo que me digo a mí también.

La natural disposición positiva del hombre, aunque privado de la libertad y sometido a terribles privaciones entre las cuales se impone la de la familia lejana, emerge continuamente, como puede verse en esta última evocación conmovedora de su niño a quien el poeta ve en el futuro correr con el viejo maestro. La belleza y singularidad de la imagen –muy espontánea y rica, de una ternura típicamente hernandiana– debe haber llamado la atención de Aleixandre, ya que en la segunda carta Hernández, al responder a una evidente alusión pesimista del amigo, contesta con fuerza su tono negativo (debido al recrudecimiento de la enfermedad que en aquel momento afligía al amigo), animándolo a acudir a la alegría de esa juventud permanente que procede del universo primaveral de su visión poética:

> Dices que hasta te hice sonreír con aquello del niño y tus correrías con él. ¿Tan en lo hondo y difícil está tu alegría? No seas tonto, hombre. ¿Qué es entonces de esa juventud permanente tuya de que me hablabas? Te encuentro inconsecuente contigo mismo. Me parece mal. Ánimo, hombrazo, que tu salud retorne, aunque a mí me parece que no lo has perdido nunca[5].

Una persona que sirve de trámite material entre los dos amigos es sin duda Luis Rodríguez a quien, con su padre, Hernández conoció en mayo de 1939 en la prisión celular de Torrijos. Poco después, al quedar Luis en libertad, él y su madre[6] se prestaron a llevarle desde Madrid a la prisión del Conde de Toreno (donde entre tanto habían internado a Miguel) ropa, alimentos y la correspondencia de sus amigos, sobre todo la de Aleixandre. Entre los muchos episodios que registra su relación personal con Hernández y Aleixandre, Luis Rodríguez ha contado (y me ha repetido añadiendo varios detalles y dándome los facsimilares de sus textos) aquel relativo al conocido poema «Nanas de la cebolla», que igualmente registra la presencia activa de la persona de Aleixandre:

> Miguel escribía de noche, porque después del toque de silencio no apagaban la luz. Muchos de los poemas que escribía en la cárcel aludían a algo que le hubiera ocurrido: la «Elegía de la escoba», por ejemplo, la escribió después de que le castigaran a barrer el patio porque uno de los vigilantes le notó «algo raro» al cantar los himnos; días antes le habían cortado el pelo al cero por ducharse a la hora de la siesta, lo que estaba prohibido...
>
> Una mañana, en el patio nos leyó unas «coplas» o «coplillas», como él las llamaba, que se las había inspirado una carta de Josefina, su mujer, en la que le contaba que sólo comía pan y cebolla. No es que comiera cebolla cruda, como algunos creen, sino un guiso pobre de patata y cebolla. Yo hice una trascripción de aquellas «coplillas» y de otros poemas.
>
> Después, cuando le internaron en Conde de Toreno y yo había salido libre, iba de vez en cuando a comunicar con él, y luego visitaba a Vicente Aleixandre para darle noticias del amigo preso. Un día le llevé algunos poemas, entre los que estaban aquellas «coplillas» que no tenían título. Las puse «Nanas de la cebolla» y añadí esa nota que aparece en todas las ediciones y que explica por qué Miguel las había compuesto. Parece que a Vicente Aleixandre uno y otra le parecieron bien[7].

Las cartas que se conocen de Hernández a Luis Rodríguez hacen continuas alusiones al nombre de Aleixandre que, en realidad, aparece como la persona más cercana a él en la dolorosa situación en que se encuentra, y hacia la cual no sólo en cuanto figura tutelar, sino muchas veces movido por un sentimiento instintivo de generosidad, es decir preocupado e interesado por la enfermedad que ha afectado en aquel momento a su admirado maestro. He aquí algunos pasajes significativos sacados del citado epistola-

rio a Luis Rodríguez y a su madre: «Luis, ya sé que has visto a Vicente. ¿Cómo está de su dolencia? Abrázale en cuanto le veas de nuevo. Josefina me escribe que está bien por no decirme otra cosa»[8]. Y aun: «Mira: quiero que vayas a ver a Vicente. Hazle saber lo que expongo a tu madre y comunícame sus impresiones, además del estado de salud en que les encuentres. Les harás saber que he recibido unos versitos muy simpáticos de una tal Mirta Aguirre, que él tal vez conoce. Y dile que sé su interés por conseguir que Josefina cobre para sus hermanos la pensión que en justicia debiera cobrar hace tiempo»[9].

La carta –cuyo facsímil tengo gracias a la generosidad del propio Rodríguez– añade al final unas líneas escritas, respectivamente con caligrafías distintas, por Fernando Fernández Revuelta y Fidel Manzanares Muñoz[10] (las pocas frases de este último aparecen en el margen derecho y en el centro por falta de espacio), que son dos compañeros que comparten la prisión con Hernández; líneas anticipadas por las palabras finales del poeta («Fernando te va a decir algo»). Ahora bien, este pequeño anexo me parece importante no sólo porque alude a algunas frases olvidadas por Hernández sino porque menciona, siempre por boca de Miguel, el nombre de Aleixandre y sobre todo informa sobre las lecturas poéticas del grupo de amigos en la prisión toledana de Ocaña a comienzos de 1941, según documentan por lo menos los dos libros de poesía (*Romancero Gitano* de Lorca y *La destrucción o el amor* de Aleixandre) que ellos piden al antiguo amigo y compañero de prisión recién liberado. Dada la referencia a nuestro tema, y por ser además una carta inédita, me parece interesante transcribir su texto y darlo a conocer:

> Querido Luis: esperamos carta tuya, pero no quiero desaprovechar esta ocasión para saludarte, como a los tuyos; también para que si lo conservas lleves a casa el *Romancero Gitano*, que me prometiste, y ahora quisiéramos leer. Estamos bien de salud y ánimo, pero pasándolas más que estrechas en cuanto a comida, pues el «menú» de esta fonda es casi inexistente, por microscópico e hidráulico. Estamos reunidos en «sesión permanente» para ver forma de arreglar estos asuntos, tan difíciles de arreglar aún a pleno pulmón. Se le ha olvidado decir a Miguel, digas a Aleixandre, nos deje su libro *La destrucción* o *el Amor* que entregarás luego, para su reexpedición en casa. Ya que no funcione el estómago, sí la imaginación. Por último, todo lo adjunto que no es para tu mamá y para ti, lo das a mi familia. Fuertes abrazos para ti, junto al más cariñoso saludo para todos los tuyos. Fernando.

En el margen derecho y continuado en el pequeño espacio blanco del centro de la hoja tras la firma de Miguel, Fidel Manzanares Muñoz escribe verticalmente:

> Amigo Luisillo: un abrazo y el ruego de que lo adjunto lo lleves a casa de Fernando o a mi casa, según te sea más cómodo. Saludos a tu familia. Fidel.

La referencia al nombre de Aleixandre así como, de una manera indirecta, a la lectura de su libro *La destrucción o el amor* y, en general, la admiración hacia la obra lorquiana son confirmadas por el testimonio reciente de otro antiguo compañero que igualmente compartió la celda de Ocaña con Hernández; es decir, el escritor Florentino Hernández Girbal, quien, estando presente Fernando Fernández Revuelta, contesta de este modo a las preguntas del crítico Eutimio Martín sobre la actividad literaria desplegada por el poeta durante aquel período:

> En nuestros frecuentes y largos paseos por el patio yo charlé mucho con él de literatura y arte, además de discutir, evidentemente, sobre temas de actualidad. El nombre de Vicente Aleixandre no se le caía de la boca y consideraba *La destrucción o el amor* como la poesía del futuro, la que serviría de modelo a los poetas una vez salvado el bache del tradicionalismo mimético y deshumanizado.

> También admiraba profundamente a Lorca. Mas aún, lo quería imitar y tenía pensado una trilogía dramática protagonizada por el campesino, el pescador y el minero[11].

Siempre y continuamente el nombre de Aleixandre, el amigo y maestro entrañable, tan cercano y presente en la vida y en la obra de nuestro poeta, y quien, a causa de un regalo que le hace (¡mira el capricho del destino!) será la causa involuntaria de su segunda detención y, por consecuencia, de su condena a la cadena perpetua. He aquí los hechos como se han reconstruido recientemente:

> Cuando Miguel Hernández, al intentar cruzar Portugal, es detenido por los guardiñas del país vecino y entregado al puesto de la Guardia Civil de Rosal de la Frontera, el motivo, en principio, de su detención no es político: es su pobre indumentaria en la que destaca sobremanera y llamativamente el reloj de bolsillo, de oro.
>
> Una trágica cadena de circunstancias, que hace pensar en la cruel ironía del destino, engarza y cierra así su primer eslabón. El único regalo que Hernández recibió de sus amigos poetas con motivo de su boda le fue hecho por Vicente Aleixandre: un reloj. El reloj que, por contraste con la pobreza de su vestimenta, hará sospechar que se trata de un ladrón. Los guardiñas lo entregaron a la Benemérita y recogen, a cambio, su recompensa: cinco pesetas. Y ya, en Rosal, el destino vuelve a dar otra nefasta vuelta de tuerca: entre los guardias civiles destacados en la frontera se encuentra un paisano de Miguel que, inmediatamente, lo reconoce y lo señala como un activista rojo y peligroso[12].

Naturalmente Vicente Aleixandre intervino en ayuda de su amigo, haciéndole llegar el justificante de la compra del reloj de oro (y no de plata, como se sigue diciendo) consintiendo que el reloj le fuera devuelto, reloj que más tarde Hernández cambió por una maleta de cuero y una prenda de abrigo; pero para entonces su situación se había definitivamente comprometido hasta el punto que, al reconocerlo como activista y militante del frente republicano, recibió una brutal carga de palizas. «Sangró por los oídos, –informa Juan Cobos Wilkins[13]– le quedaron tan gravemente afectados, que ya no logró reponerse nunca de estas lesiones».

El ligamen de afecto y estimación que une a Aleixandre con Hernández queda atestiguado además por un episodio, que muchos de los amigos aleixandrinos conocen y que a mí me contó el propio Aleixandre al hablarme de Federico García Lorca y de su sentimiento de incomprensión hacia la persona de Hernández. Sentimiento del que incluso habló otra gran amiga de Miguel, la escritora Concha Zardoya, al referirse al coro de simpatía humana con que los componentes del grupo generacional acogieron al joven oriolano, «con la excepción de un poeta prometido al *sacrificio* de modo fulgurante, que experimentaba una especie de *alergia* por su presencia personal[14]». Pero Aleixandre insistió sobre el hecho de que esta incomprensión de Federico hacia su joven amigo le había impedido verle antes de su salida fatal para Granada. «Federico me llamó –me contó el poeta– a primeros de julio [de 1936] para decirme que venía a leerme su última obra, *La casa de Bernalda Alba*. Yo como siempre le esperaba con gusto. Pero él, al enterarse de que estaba conmigo Miguel Hernández, al cual no le tenía mucha simpatía, dijo que con Miguel allí él no vendría. "Entonces, qué puedo hacer yo", le preguntó Aleixandre. "Échalo", contestó secamente Federico. Naturalmente Aleixandre no echó a su amigo Miguel. "Y Federico no vino, a pesar de mis insistencias", comentó con tristeza el poeta».

1.2.– El primer encuentro con el joven poeta de Orihuela remonta a la primavera del año 1935, y se debe al envío de una carta («una cuartilla de papel basto, y en ella unas líneas apretadas, escritas con una letra redonda y enérgica», en la cual Hernández, después de la salida del libro aleixandrino *La destrucción o el amor*, escribía al gran

poeta: «No me es posible adquirirlo... Yo le quedaría muy reconocido si pudiera Ud. proporcionarme un ejemplar... Voy a vivir ahora en Madrid, donde estoy». Y firmaba: «Miguel Hernández, pastor de Orihuela».

Antes de Aleixandre, Hernández había conocido en Madrid a varios escritores e intelectuales: María Zambrano, Alberti, Altolaguirre, Concha Albornoz quien en la capital tenía una tertulia semanal, a la cual asistía a menudo el joven poeta de Orihuela. De todos modos es Concha Albornoz quien le presenta a Neruda; a éste se dirige Aleixandre como primera fuente de información tras recibir la carta citada del joven desconocido.

A partir de este momento Hernández empieza a frecuentar la casa marileña de Aleixandre situada en la conocida calle Velintonia, y sigue visitando al poeta aun cuando éste abandona la zona de Velintonia, inhabitable a causa de la guerra, para refugiarse en casa del tío Agustín, ubicada en la calle de Españoleto, n.º 16.

En uno de los numerosos encuentros que Aleixandre me concedió, al contarme cómo muchos libros de su biblioteca se habían estropeado en el suelo de su casa invadida por el frente militar de la guerra, quiso rememorar esos días difíciles del período de guerra, recordando el traslado forzoso de su casa, al cual había cooperado el propio Miguel Hernández. Éste –recordó Aleixandre– había acudido a la operación de la mudanza llegando con una carreta de mano, donde puso los libros con las cosas personales de Aleixandre, llevando al final al poeta en brazos para colocarlo encima de la carreta. Durante el trayecto, el joven Miguel disimulaba el esfuerzo que la carretera requería para superar el difícil y malgastado empedrado de la época, y lo hacía acelerando el paso y acompañándolo con voces como un vendedor ambulante. Aleixandre aún recordaba, después del recorrido, el cuerpo sudado y «ardiendo» del joven amigo, mientras lo abrazaba para ayudarle a bajar del carro, depositándolo con cuidado en la acera de la calle.

Este fuerte sentimiento de participación de Hernández frente al incierto estado de salud de su amigo poeta, que le hace olvidar la situación de su condición trágica de preso y condenado político, es la nota más evidente y sorprendente que caracteriza el substrato de su personalidad, fundamento peculiar de la entera obra del autor. La mejor poesía de Hernández cuando no es lucha de vida y deseo de amor, se trasforma en una dolorosa denuncia causada por una posible privación vital. De esta necesidad de plenitud y vivencia humana, Hernández sabe sacar materia poética, aunque dolorosa, en el recuerdo que la alimenta; así como en los versos del conocido poema n.º 29 del *Cancionero y Romancero de ausencias:*

Ausencia en todo veo:
tus ojos la reflejan.
Ausencia en todo escucho:
tu voz a tiempo suena.
Ausencia en todo aspiro:
tu aliento huele a hierba.
Ausencia en todo toco:
tu cuerpo se despuebla.
Ausencia en todo pruebo:
tu boca me destierra.
Ausencia en todo siento:
Ausencia. Ausencia. Ausencia.

Todos los amigos, y en particular su gran amigo Vicente, han puesto continuamente el acento sobre la riqueza y generosidad de su figura humana. Escribe de él Aleixandre en su primera evocación:

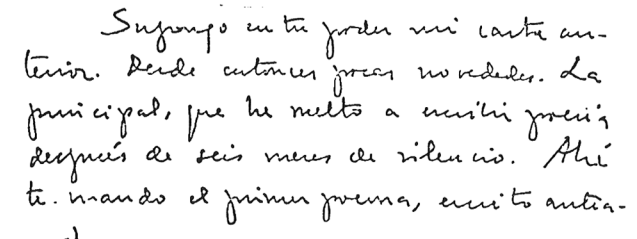
> Era puntual, con puntualidad que podríamos llamar de corazón. Quien lo necesite a la hora del sufrimiento o de la tristeza, allí le encontraría, en el minuto justo. Silencioso entonces, daba bondad con compañía, y su palabra verdadera, a veces una sola, haría el clima fraterno, el aura entendedora sobre la que la cabeza dolorosa podría reposar, respirar. Él, rudo de cuerpo, poseía la infinita delicadeza de los que tienen el alma no sólo vidente, sino benevolente. Su planta en la tierra no era la del árbol que da sombra y refresca. Porque su calidad humana podía más que todo su parentesco, tan hermoso, con la naturaleza[15].

Relación literaria

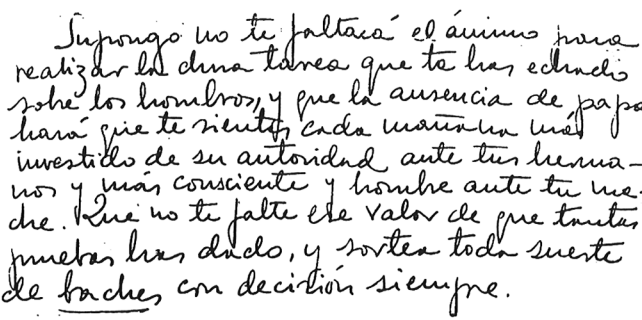
2.– Al tratarse de dos hombres de exquisita índole humana, el conocido y apreciado poeta Vicente Aleixandre y el joven e ingenuo discípulo proveniente de la provincia alicantina, es natural que entre los dos se estableciese una estrecha relación, hecha de intensas relaciones humanas e intelectuales, y frecuentes visitas personales, casi siempre ocurridas en la casa de Velintonia, la casa donde el mundo de la poesía acudía alrededor de la viva presencia de Aleixandre, el gran enfermo, el enfermo de hierro, como se le llamaba por su gran fuerza y longevidad.

Los rasgos y la profundidad de esta relación son tan intensos y directos que llegan a afectar la letra de la misma grafía: la de Hernández, en general más grande y clara, se acerca bastante a la del modelo del admirado maestro. Una simple operación de colación de dos breves trozos sacados de textos cronológicamente cercanos (una carta de Aleixandre a Dámaso Alonso[16] del verano 1940 y la anteriormente citada del oriolano a Luis Rodríguez de primeros de 1941), puede servir de ejemplo:

Aleixandre:



Hernández:



Aleixandre, junto con Neruda, otro gran amigo del oriolano, ejerció una indudable influencia literaria (e ideológica) sobre el joven Miguel, embebido en aquel momento del tradicionalismo neocatólico del paisano Ramón Sijé, determinando un cambio profundo y un distanciamiento de las ideas anteriores.

Dario Puccini, en un interesante artículo titulado «Aleixandre y Hernández: historia de una amistad en la poesía»[17], ha recordado cómo el joven oriolano, pensando en las deudas contraídas con estos dos maestros y amigos, escribió dos odas «hábilmente miméticas y ecuánimemente paralelas»: la «Oda entre arena y piedra a Vicente Aleixandre» y la «Oda entre sangre y vino a Pablo Neruda», dedicando después *Viento del pueblo* a Vicente Aleixandre, y *El hombre acecha* a Pablo Neruda. Naturalmente el proceso de mímesis del lenguaje aleixandrino y nerudiano es bastante explícito en las dos odas mencionadas para no reconocer un intento deliberado de imitación por parte de nuestro autor; el cual, en esta fase juvenil, vive de una manera intensa el magisterio poético e ideológico de los dos maestros (en particular el de Neruda). En los títulos de las composiciones la referencia a los nombres de Aleixandre y Neruda, además de indicar el tributo elocuente a su poesía, quiere atestiguar la adhesión personal de Hernández a la línea surrealista expresada por los dos amigos en este período, hasta llegar a un fenómeno de claro mimetismo lingüístico. Fragmentariedad y dinamismo, junto con cierta complacencia formal para imágenes metafóricas que nacen de la esfera inmediata del instinto y de la sensualidad tumultuosa (de claro origen nerudiano), o la utilización de un léxico que, más que repetir, reproduce procedimientos de sobreposición o de imagen continuada (de derivación aleixandrina), caracterizan de una manera evidente la escritura de las dos odas junto con las composiciones de este período; como las que llevan los títulos (a su manera muy significativa) «Me sobra el corazón», «Vecino de la muerte», «Relación que dedico a mi amiga Delia» y «El ahogado del Tajo», «Sonreídme», etc. Pero la terminología nerudiana o los conocidos módulos aleixandrinos, además de ser imitados, son al mismo tiempo descubiertos y renovados por Hernández; y eso por medio de un procedimiento espontáneo y muy natural, es decir, liberando sobre aquel río impetuoso que es la aportación surrealista el cúmulo de sus experiencias personales de pastor, de campesino, de hombre natural y espontáneo, experiencias hasta ahora excluidas o sólo reflejadas vagamente en la materia del canto. La lección surrealista no es por lo tanto para Hernández, una lección de estilo o el aprendizaje de una técnica descriptiva y enumerativa, que tiende a representar dentro de un juego complicado de símbolos y metáforas de procedencia onírica el significado de una imagen oscura y recóndita, sino más bien una lección y conquista de libertad. La «Oda entre arena y piedra a Vicente Aleixandre», escrita en el mes de septiembre del 1935, es decir, pocos meses después del encuentro con el poeta sevillano, es sin duda el poema de este período que más denuncia la influencia surrealista, en cuanto desarrolla un tipo de imagen visionaria de extraordinario vigor expresivo, cuya presencia abarca una extensión muy amplia, revelando afinidades y analogías aleixandrinas (por cuanto concierne a la forma de una idéntica concepción cosmovisual), en particular con la obra *La destrucción o el amor,* que en su aparición –lo mismo que ocurrió con el libro *Residencia en la tierra* de Neruda– había despertado en Hernández un entusiasmo extraordinario.

En la Oda dedicada a Aleixandre, el poeta sevillano es comparado al hijo del mar, un hijo condenado por el padre al abandono de la tierra y al destierro. El padre y el mar son imágenes alrededor de las cuales rueda el impresionante material metafórico del poema: piedras, estrellas, espumas, arenas, pechos femeninos, huracanes, sangre, etc.; objetos portadores de imágenes visionarias, que establecen de nuevo aquella relación de equilibrio y compresión del texto en parte rota y anulada por el irracionalismo de la esfera visionaria. Aleixandre contestará al homenaje del joven amigo con una Elegía

conmovedora, escrita después de la muerte del ejemplar amigo, ocurrida el 28 de marzo de 1942, y publicada en los *Cuadernos de las Horas Situadas,* de José Manuel Blecua. La Elegía, dividida en tres partes e incluida sucesivamente en el libro *Nacimiento último*, parece recrear, aunque con un sentimiento distinto, más dolorido y agudo, el mismo paisaje cósmico-astral en que se proyectaba en la Oda la figura de Aleixandre, hijo de la espuma del mar, exiliado de la tierra pero mirando con nostalgia hacia su patria que es el cielo. Escribe Hernández en el poema dedicado al amigo:

¡Oh tú el más combatido por la tierra,
oh tú el más rodeado de erizados rastrojos!,
cuando toca tu lengua su astral polen;

Y ahora Aleixandre en su Elegía conmovedora:

Tumba estelar que los espacios ruedas
con sólo él, con su cuerpo acabado.
Tierra caliente, que con sus solos huesos
vuelas así, desdeñando a los hombres.

!Huye! ¡Escapa! No hay nadie;
sólo hoy su inmensa pesantez de sentido.
Tierra, a tu giro por los astros amantes.
Sólo esa Luna que en la noche aún insiste
contemplará la montaña de vida.
Loca, amorosa, en tu seno le llevas.
Tierra, oh Piedad, que sin mantos le ofreces.
Oh soledad de los cielos. Las luces
solo su cuerpo funeral hoy alumbran.

Ambos poemas presentan e ilustran una situación interior de frustración puesta en la base de la aspiración del poeta. En el primero, dirigido al amigo Aleixandre, el sentido de congoja y amargura espiritual aparece como resultado de la separación de su ambiente natural en este caso de la realidad acuática del mar en que se identifica el espíritu de Aleixandre en cuanto expresión de libertad, amor inmenso hacia la vida; en el segundo, dedicado a Hernández, y en el cual queda patente el sentimiento exacerbado de dolor por la desaparición prematura del joven amigo, el lugar prefigurado es el cielo y en general el espacio cósmico hacia donde mira con nostalgia la tierra que cubre el hermoso corazón del cuerpo de Hernández, un cuerpo «nacido para amar», como escribe el poeta y aclara más adelante:

Tierra ligera, ¡vuela!
Vuela tú sola y huye.
Huye así de los hombres, despeñados, perdidos,
ciegos restos del odio, catarata de cuerpos
cuales que tú, bella, desdeñando hoy arrojas.

Huye hermosa, lograda,
por el celeste espacio con tu tesoro a solas.
Su pesantez, al seno de tu vivir sidéreo
da sentido, y sus bellos miembros lúcidos para siempre
inmortales sostienes para la luz sin hombres.

Hasta aquí algunos puntos de referencia y contactos recíprocos entre los dos amigos poetas, quedando claro que si limitamos el fenómeno mimético al dato puramente literario y textual, así como pudo concretarse entre dos autores tan distintos en su experiencia creativa y en su componente humano, éste se da únicamente –y es natural– en favor del más joven y más dispuesto a aprehender, como confesó siempre el propio Miguel Hernández y como declara aún en las palabras de la dedicatoria a *Viento del pueblo.* En

ésta, al nombre de Aleixandre, une el de Neruda: «Pablo Neruda y tú me habéis dado imborrables pruebas de poesía, y el pueblo hacia el que tiendo todas mis raíces, alimenta y ensancha mis ansias y mis cuerdas con el soplo cálido de sus movimientos nobles».

Al ilustrar la historia de una amistad ejemplar que vio unidos en una relación fraternal al poeta mayor junto con el joven Hernández, la crítica ha considerado oportuno denunciar no sólo los evidentes préstamos aleixandrinos o nerudianos que se pueden encontrar en cierta fase de la producción poética de Hernández (sobre todo anterior a la experiencia militar); sino que, siguiendo una especie de ley de compensación, ha querido evidenciar algunos ejemplos (en efecto pocos son los que se han podido rastrear) de un análogo proceso imitativo realizado por Aleixandre en un segundo momento, después de la muerte del entrañable amigo, quizás como resultado de la memoria poética o de un inconsciente homenaje debido a la lectura de su poesía.

Casi todos los ejemplos que yo he podido leer me parecen huérfanos de fundamento crítico: es decir, ellos muestran a veces sólo agunas afinidades de carácter léxico o lingüístico que son puramente accidentales, y que de todos modos resultan externas e irrelevantes, y no intencionales en la estructura sintáctica y formal de la composición. Por ejemplo, el poema «Llueve» de *Poemas de la consumación* ha sido adscrito al influjo de la canción 50 del *Cancionero y romancero de ausencia* de Hernández, y esto por una serie de consideraciones («ambos poemas se refieren a una imagen perdida (el «tú») están construidos en forma anafórica, comparten el color predominante del gris, expresan una connotación metafísica y una dimensión cósmica»[18]). En realidad, a mi parecer, estos elementos son secundarios y no siempre corresponden a una verdadera voluntad imitativa. Por ejemplo, el color predominante en la canción 50 de Hernández no es *el gris* (aunque hay la imagen de un «ojo gris») sino es el color *negro* que recuerda con fuerza y desesperación los ojos negros del hijo muerto. De la misma manera la imagen principal del poema de Hernández no es la lluvia, sino la de los ojos que atraviesan –incluso en forma anafórica– todo el espacio verbal del texto. Podemos perfectamente comprobarlo leyendo los versos en cuestión:

Llueve. Los ojos se ahondan
buscando tus ojos: esos
dos ojos que se alejaron
a la sombra cuenca adentro.
Mirada con horizontes
cálidos y fondos tiernos,
íntimamente alentada
por un sol de íntimo fuego
que era en las pestañas, negras
coronación de los sueños.

Mirada negra y dorada
hecha de dardos directos...

Y más adelante:

Llueve sobre tus dos ojos
negros, negros, negros, negros,
y llueve como si el agua
verdes quisiera volverlos.

Y ahora podemos ver en el citado poema «Llueve» del libro *Poemas de la consumación* de Aleixandre la diversidad temática y estilística del mismo motivo de la lluvia, que cae tierna y pura en la memoria de la persona lejana. La cual vuelve en el recuerdo íntimo del amado con su imagen amorosa, su voz, sus labios, su beso:

En esta tarde llueve, y llueve pura
tu imagen. En mi recuerdo el día se abre. Entraste...
No oigo. La memoria me da tu imagen sólo.
Solo tu beso o lluvia cae en recuerdo.
Llueve tu voz, y llueve el beso triste
el beso hondo,
beso mojado en lluvia. El labio es húmedo.
Húmedo de recuerdo el beso llora
desde unos cielos grises.
Llueve tu amor mojando mi memoria,
y cae, cae. El beso
al hondo cae. Y gris aún cae
la lluvia.

Podríamos continuar, utilizando todo el repertorio de los ejemplos de intertextualidad evidenciados por la crítica, con el fin de demostrar el intercambio recíproco de ósmosis ocurrido entre los dos poetas amigos; pero eso nos conduciría únicamente a la conclusión de que se trata siempre de una dirección única, la que va del poeta mayor al más joven. Quiero dar en este sentido un último ejemplo, sacándolo del estudio citado de Dario Puccini (de todos modos el más sugerente) sobre la relación literaria Aleixandre-Hernández en que el crítico, entre los varios puntos de coincidencia analizados y supuestos da, como posible fuente de algunos versos aleixandrinos («La terraza que asoma, / frente humana ante el mundo», *La cabeza*) la expresión de una conocida carta de Hernández, enviada desde la cárcel de Ocaña a su esposa, donde revelaba con tono jovial «que los piojos se le habían subido "a la terraza de los pensamientos"».

Aparte de que Hernández está hablando no de piojos sino de las ratas que de noche le suben a la cabeza («Hace varias noches que han dado las ratas en pasear por mi cuerpo mientras duermo [...]. Viéndome la cabeza cargada por las ratas me digo: ¡qué poco vale uno ya! hasta las ratas se suben a ensuciar la azotea de los pensamientos»[19]. Pero aun en este caso, a lo mejor, es el joven poeta-pastor quien está utilizando una imagen típicamente aleixandrina, que en efecto encontramos continuamente en su obra, ya aparece nada menos que en dos poemas del primer libro *Ámbito*, publicado en 1928. Los poemas en cuestión son, respectivamente, «Retrato» y «Cabeza, en el recuerdo». Cito los versos correspondientes (las cursivas son mías):

La frase se dilata,
en ámbito se expande
y cierra ya el sentido, allá en lo alto
–terraza de su frente–
sobre el vivaz paisaje;

Más alta, más venciendo, *la terraza*
de tu frente paisajes mil –si turbio
tu rostro abajo– inventa transparentes.

El último recuerdo de Aleixandre

3.– Pero volvamos al tema de nuestra ponencia, al trato de amistad ejemplar y compañerismo que unió a los dos poetas amigos, para terminar con el testimonio de la voz viva de Aleixandre quien recuerda a su amigo entrañable (transcribo el texto de la entrevista[20]).

> [Miguel Hernández] Ha sido uno de los amigos más íntimos, cómo diría yo, más entrañables que yo he tenido a lo largo de la vida. Ha sido para mí como un herma-

no de menor edad que yo, porque él era más joven, nació en 1910, yo nací doce años antes que él.

A Miguel Hernández lo conocí cuando estaba trabajando en Madrid en un puesto muy modesto en Espasa-Calpe para ayudar a José María de Cossío en el último tomo de su gran enciclopedia de los toros: el último tomo era el Diccionario taurino, de los toreros. En eso le ayudaba, no digamos como un amanuense, pero sí en un puesto muy modesto, redactando algunas biografías menores. Y sería interesante saber dónde estuvo la pluma de Miguel Hernández en esa enciclopedia.

Lo conocí entonces. Era un muchacho muy pobre, servía con mucha dificultad pero con enorme valentía. Era un hombre abierto, de corazón libre. Entendedor de la vida y comprendedor de ella, no había hecho más que salir de su tierra, de su pueblo, venir a Madrid, las alpargatas y la camisa rota. Y así llegó. Y el hombre hacía frente a la vida con una especie de previsión de la experiencia que no había vivido, pero que la incluía y que le armaba de valor para enfrentarse con la existencia. Así era Miguel Hernández.

Era un ser alegre, de fondo dramático. Era un ser alegre, un ser generoso al máximo. Donde hubiera un dolor allí estaba. Cuando yo he sufrido mientras él vivió, cuando yo he padecido, el rostro que aparecía a mi lado era el de Miguel; el que venía a cuidarme era Miguel, que venía a acompañarme, incluso a alimentarme, era Miguel. Y digo alimentarme con razón incluso material; porque no es que me diera con la cuchara una comida, es que traía para mí cosas cuando yo no podía tenerlas. Él era tan pobre en medio de la guerra. Yo sufrí una enfermedad, una recaída de mi enfermedad renal; yo no tenía alimentos, porque no los había, y los necesitaba y él no los tenía. Pero en Valencia, en su tierra, en la provincia de Alicante había naranjos: entonces, éstos florecían independientemente de la guerra. Naturalmente él, apenas tenía naranjos, cuando eran suyos, apenas podía disfrutar de naranjos (su madre y su hijo estaban allí): bueno, pues él sabía la gravedad de mi enfermedad. Cuando él venía a Madrid por destino que le tocaba en la guerra y del trabajo que tenía, siempre venía con una carga, con un saco de naranjas esplendorosas, que en aquel tiempo eran como si fueran de oro. Abría su saco en medio de una carcajada feliz y me arrojaba encima de la cama aquél montón de naranjas, que era alimento y vida para mí, y necesidad. Y él me las daba privándose de ellas y privando a los suyos para ayudarme a mí, para no morir. Eso es el recuerdo más emocionante que tengo yo de Miguel Hernández. Eso y la fidelidad, la cercanía de su vida hasta el fin.

NOTAS

[1] V. Aleixandre: *Los encuentros*, Madrid, Ediciones Guadarrama, 1958, pág.176.

[2] Madrid, Espasa-Calpe, 1985.

[3] *Ibídem*, págs. 199-200.

[4] Las cartas se pueden leer ahora en el volumen M. Hernández, *Epistolario,* Madrid, Alianza Tres, 1986.

[5] La carta, enviada desde la cárcel de Ocaña, lleva la fecha 19 de mayo de 1941.

[6] Su madre, confiesa Luis Rodríguez, era una buena cocinera y el poeta siempre se quedaba contento con el plato de comida que ella le llevaba; tan contento que un día decidió dedicarle un soneto cuyos dos primeros versos así recitaban, según recuerda aún su hijo: «Jodido de emoción y de apetito / el hombre buenamente así se llena»: dos versos, según sugiriera Concha Zardoya quien escuchó conmigo la anécdota, que habría que llamarlos «dos endecasílabos carcelarios». A propósito de la generosidad mostrada por la familia Rodríguez hacia la persona de Hernández, ha escrito la esposa del poeta, Josefina Manresa, en las palabras iniciales del Pólogo al *Epistolario* citado: «Esta familia se portó muy bien con Miguel; le lavaban la ropa y le llevaban comida. Solía escribir Miguel a los amigos tratándoles de familia, para facilitar mejor la seguridad de que llegara a su destino».

[7] Véase L. Rodríguez Isern: «Nanas de la cebolla», ABC, 28-III-1983, pág. 50. Rodríguez ha repetido el relato del episodio en la mesa redonda «Testimonio de un poeta, testimonio de una época» (Elche, 27 de marzo de 1992), durante las celebraciones del I Congreso internacional dedicado al poeta.

[8] Carta a la madre de Luis Rodríguez, enviada desde la prisión de Palencia y fechada 7 de noviembre de 1940. Véase *Epistolario*, op. cit., pág. 112.

[9] Carta a Luis Rodríguez (Ocaña, enero 1941). Véase *Epistolario*, op. cit., pág. 113.

[10] Fernández Revuelta y Fidel Manzanares Muñoz, según informa la nota explicativa de A. Sánchez Vidal, editor del *Epistolario* son «dos de los firmantes del Menú Sala Once que preparan en honor de Miguel sus compañeros de sala el 27 de diciembre de 1940, y cuyo facsímil se inserta en las *Obras Completas* de Editorial Losada y en los *Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández*» (*Epistolario*, op. cit., pág. 162).

[11] E. Martín: «Miguel Hernández en la cárcel: nuevos documentos», Edición separata *Canelobre* 22, Alicante, Instituto Cultura «J. Gil-Albert», otoño 1991, pág. 8.

[12] J. Cobos Wilkins: «No treinta monedas: cinco pesetas», *El Ciervo*, Pliego de Poesía n.º 70, Barcelona, 1992.

[13] *Ídem.*

[14] *El País*, 9-VII-1978. El dato con su cita puede ahora leerse en la Introducción de A. Sánchez Vidal al *Epistolario*, op. cit., pág. 21. Sobre el tema y en particular sobre la difícil relación Lorca-Hernández, véase el artículo aclarador y muy bien documentado de Juan Cano Ballesta: «Miguel y Federico: la amistad que no creció», *Información*, Alicante, 5-III-1992.

[15] *Los encuentros,* Madrid, Espasa-Calpe, 1985, pág. 194.

[16] La carta, reproducida y trascrita, aparece en G. Morelli: «Una lettera inedita di Vicente Aleixandre a Dámaso Alonso», *Lingua e Letteratura*, 16, Milano, 1991, págs. 48-56.

[17] *Ínsula*, n.º 374-375, enero-febrero 1978; ahora en *M. Hernández: Vida y poesía y otros estudios hernandianos,* Alicante, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, 1987, págs. 197-202.

[18] *Ídem.*

[19] Concha Zardoya, «M.H., vida y obra-Bibliografía-Antología», en *Revista Hispánica Moderna*, julio-octubre de 1955, pág. 236?

[20] La entrevista con el poeta, que comprende a numerosos autores del grupo generacional, fue realizada por Fernando G. Delgado en Radio Nacional de España en dos épocas distintas, en 1981 y 82, y sucesivamente fue recogida en el disco *Homenaje nacional a Vicente Aleixandre*, Cara B, RNE, marzo 1985. Por ser poco conocida y nunca citada, incluso por los especialistas aleixandrinos, me parece útil darla a conocer.